

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

67. ADAPTACIÓN TOTAL



SANDOR Bathory me hizo un ademán de invitación con la mano derecha, en tanto sostenía la puerta abierta con la izquierda, para que yo pasara antes que él.

Nos encontrábamos en un cubículo de no más de dos metros cuadrados de base. Oprimió un botón, y sentí que descendíamos. Al detenerse el elevador, se corrió una de las paredes, y el bostezo frío de un túnel me dio de lleno en la cara.

Sandor me precedió esa vez.

—Permítame guiarlo.

Lo seguí. En determinado momento, tras doblar un recodo, advertí que caminábamos por el pasaje que ya anteriormente había tenido oportunidad de recorrer, durante la traumática experiencia en que llegara a crearme sepultado sin remisión... Sandor marchaba con firmeza, hablándome en tono seco y preciso, muy alejado de la volubilidad que fuera su característica. La lámpara que sostenía, de un tipo desconocido para mí, proyectaba un ancho y claro sendero luminoso, que evaporaba toda sugestión de terrores sobrenaturales.

—Lo que está a punto de ver, mi amigo, refleja el resultado de muchos años de trabajo personal, asistido por los cerebros más notables del mundo... La exploración espacial, amigo Poletti, como usted sabrá, avanza a paso acelerado. Pero todas las perspectivas confluyen en un punto lamentablemente decepcionante: no parece que pueda llegar a ser... *compensatoriamente posible* una eventual adaptación de los planetas al hombre.

—¿Compensatoriamente...? —fruncí el entrecejo.

—Insumiría un capital tan enorme, que no justificaría los resultados, aun cuando éstos fuesen óptimos. Sume usted: atmósferas especiales, gravedad artificial, temperaturas reguladas. Trajes herméticos, compartimentos estancos, vehículos espaciales, filtros, cascos...

—Sí, comprendo... ¿De manera que no se vislumbra una solución práctica, entonces?

Se detuvo. No sólo porque habíamos llegado a destino, sino para poder hablarme con toda la intensidad que trasuntaba su expresión.

—¡S IEMPRE hay una solución, amigo mío! La ciencia no acepta jamás un punto muerto. La cuestión radica en enfocar el problema desde el ángulo adecuado, ¿se da cuenta?

—¿Pantropía?... —aventuré.

—¡Usted lo ha dicho! Pero, desde luego, esta fase de estudios se encuentra en sus comienzos. Se trata de las tentativas iniciales, las más difíciles y audaces, que posteriormente habrán de lubricar los rieles, por así decirlo, para un avance sin obstáculos en la dirección correcta...

Levantó la cabeza, y habló mirando hacia lo alto:

—Soy yo, Rizzio. ¡Abrame! —Se volvió hacia mí—. Televisión —me explicó—. Requisitos de seguridad...; ya sabe.

La pared, reluciente y lisa, se deslizó sin ruido alguno. Un fuerte olor a desinfectante me obligó a fruncir la nariz.

—No se preocupe —dijo Sandor—. Es una pulverización antipatógena. Enseguida se evapora.

Entramos. Estaba acordándome del horrible sonido, ni animal ni humano, que había oído antes, y miré en torno, no sin cierto desasosiego... Pero nada encontré de alarmante. Blanco y acero; tubos y llaves; diales, perillas numeradas y pantallas fluorescentes. Un zumbido monocorde, quizás el latir de algún gigantesco organismo electrónico, llenaba el ámbito.

—Dispositivos de alimentación —explicó Sandor, con un movimiento de la mano—. Soluciones químicas, radiaciones, plasma y atmósfera controlada.

—¿Y el objeto de todo esto?...

—*Mantenerlo con vida.*

—**¿M** ANTENER...? ¿A quién? No alcanzo a...
—Está en el compartimento anexo. Ya lo verá. Pero primero tengo que ponerlo sobre aviso...

Carraspeé, incómodo.

—El..., eso que está ahí..., es el resultado del mayor experimento de Adaptación Total que jamás se haya intentado.

—¿Adaptación... total?

Asintió vigorosamente con la cabeza. Su ojo vidente destellaba.

—¿No podemos adaptar los planetas del universo a nuestra naturaleza? ¡Pues habrá que cambiar esa naturaleza..., o bien estancarnos en el fango de la Tierra! Eso es lo que estamos intentando desarrollar: un organismo viviente capaz de sobrevivir dentro de cualquier medio ambiente. Un camaleón fisiológico... Su cuerpo y sus funciones vitales se adaptarán de inmediato, mediante una cadena de reflejos, al entorno ecológico al que se le exponga. ¿Comprende? ¡Un ser así podría subsistir aun bajo las condiciones menos acordes con su naturaleza original!

Me fue preciso sopesar el concepto, antes de digerirlo.

—Un ser así... ¿Un hombre?

Sacudió la cabeza.

—Todavía no. ¡Como le dije, estamos en la fase inicial!... Pero ya es un comienzo, mi buen amigo. Esto no es más que protoplasma animado, y dotado de un manojito de instintos primarios... ¡Pero llegará el día en que trabajaremos con material humano! ¡Entonces, Poletti, sólo entonces, estaremos listos para las estrellas!... ¡Ni siquiera los cielos serán límite!

Los Cielos, pensé en silencio. ¿O... *el Infierno*?...

¿Quién podría anticipar los resultados?...

(Continúa)

SIGUE: "LA VIDA ARRANCADA"... ¡UN ENTE ARTIFICIAL, CREADO POR LA CIENCIA..., ALGO INFINITAMENTE MÁS HORRENDO DE CUANTO PUEDA CONCEBIR LA MÁS AFIEBRADA DE LAS IMAGINACIONES!... ¡SECUENCIAS TAN PAVOROSAS QUE DIFÍCILMENTE SE BORRARÁN DE SU RECUERDO!... ¡NO LEA EL PRÓXIMO CAPÍTULO DURANTE LA NOCHE! ¡QUEDA ADVERTIDO!...

ALGO SOBRE EL AUTOR

Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com